

sados al filo de la espada. Largo tiempo estos horrores, mas ó menos, se repiten en Italia.

¿Pero el Austria?... Mantua, la postrer plaza que guardaba en Italia, ha sucumbido; Wurmser es prisionero; Beaulieu renunció el mando, y este anciano general, no hallando ya esperanza de salvacion por medio de las armas, aconseja la paz á cualquier precio. Nuevo refuerzo es enviado, nuevo esfuerzo perdido. El general Alvinzi, la postrer esperanza del afligido imperio, es arrojado á la otra parte del Adige: el archiduque Cárlos viene ya á toda prisa por si le fuere dado defender el camino de Alemania.

Vuelto el Papa á las armas, Roma es de nuevo amenazada, y á duras penas el ministro de España ajustará un tratado que salvará á lo menos la capital del padre de los fieles y conservará sus estados, menos la Bolonia, la Ferrara y la Romaña.

Un año justo no es pasado, y he aquí ya invadido el Tirol, la Estiria, la Carintia, la Carniola y el Frioul. Bonaparte tiene el camino de Viena, su cuartel se halla puesto en Indemburgo. Pide la paz el Austria, y ocho dias despues los famosos cuanto duros preliminares son convenidos en Leoben: todo el mundo conoce el tratado de Campo Formio. A la perdida de los Paises Bajos hereditarios, fué añadida la de Italia. La república veneciana, monumento venerable de la antigua Europa, derribada con afrenta por los manejos de la anarquia propagan-

dista, vió repartirse sus estados entre las dos potencias contratantes, la vencedora y la vencida.

Me haria interminable, si aun siguiera mas adelante el camino de los sucesos; la invasion por la Francia de su amiga fiel la Suiza, la alteracion de su gobierno, la caida de Roma, la abolicion del dominio pontificio, la nueva guerra del Piamonte, la final caida ignominiosa de su monarquía disuelta, la fatal tentativa del rey de Nápoles, la turbacion espantosa de aquel reino, la desastrosa fuga de sus príncipes, la república de Parténope, la reaccion realista, los estragos, las muertes, los suplicios que ensangrentaron la capital y las provincias, y despues la invasion nueva de la Italia por las tropas austro-rusas, los dolores y los conflictos de la nueva dominacion vengadora de los errores de los pueblos, los trastornos de las familias, las emigraciones, los desafueros, las violencias, los rigores de la reaccion, y su vuelta otra vez al dominio de la Francia con nuevo horror y sangre, cuando pareciendo nuevamente en la palestra el dictador antiguo, se acabó tanta guerra y tanto estruendo por la paz de Luneville. Hecha la paz á tiempo cuando Prusia y España la asentaron, y dejada á sí sola la república en sus debates interiores, tal vez la historia misma habria olvidado si existió un Bonaparte (1).

(1) Dirá tal vez alguno que si España y Prusia hubieran proseguido sus esfuerzos, tal vez no habria triunfado

En resumen, despues de nueve años de esta lid sangrienta, emprendida con razon y con justicia, pero mal dirigida y mal templada por el baston de la política, he aquí el resultado final y la suerte mas ó menos lamentable que tocó á los vecinos de la Francia.

La Prusia, la primera de las potencias que empenó la lucha, y tambien la primera en retirarse á tiempo de ella, perdió no obstante sus dominios de la izquierda del Rhin, salvo solo á indemnizarse con el despojo de otros príncipes germánicos.

La Holanda perdió su estatuder y su antiguo gobierno, con mas las fortalezas y la parte de territorio que cuadró á la Francia para formarse una barrera sobre el Mosa.

De los príncipes del Imperio, los que tenian es-

la república francesa. Yo responderé preguntando ¿si en dias mas peligrosos para la Francia, en 93 y en 94, cuando nada estaba prevenido de su parte para resistir la coalicion, no triunfó de ella sin embargo, peleando España y Prusia con las demas potencias coligadas? Lo que entonces no pudo ser, menos podria esperarse cuando aguerridos sus ejércitos, triunfantes y dotados de grandes generales se hallaban en mejor actitud de hacer frente á la Europa y proseguir sus triunfos. Y pues las armas no bastaban, y la guerra exterior afirmaba aquel gobierno, la sabiduría aconsejaba probar mejor á que la paz lo destruyese. ¿Quién erró? ¿Quién acertó? Los sucesos lo mostraron.

tados en la izquierda del Rhin los perdieron como la Prusia, salvo tambien á indemnizarse entre ellos mismos, los mas fuertes á expensas de los mas endeblés.

De esta suerte se precavieron contra mayores riesgos y pérdidas mas graves los que hicieron la paz en sazon oportuna. ¡ Cuánto no es triste y dolorosa la reseña de los gobiernos, que excitada la Francia nuevamente por las armas, padecieron los desastres de este nuevo incendio!

El rey de Cerdeña, despues de soportados todos los rigores y todas las miserias de una paz impuesta á merced de la república francesa, menos todavía en sus estados que podria haberlo sido un prefecto de la Francia, desmoralizados sus súbditos, y sometido á mil afrentas, se vió obligado á dejar sus dominios del Piamonte y desterrarse él mismo á la Cerdeña.

El duque de Modena, postrer renuevo de la casa de Este, pensó rescatar sus estados con el oro, y acabó por perder su dinero y su corona.

El gran duque de Toscana: que jamás se mostró enemigo de la Francia, fué arrojado á la Alemania.

Roma, dos veces salvada por la mediacion de la España, y tercera vez comprometida con la Francia, vió formarse una parodia de república en las gradas del Vaticano. Vuelto al trono pontifical el vicario de Jesucristo, lo recibió disminuido de las tres legaciones y de Ancona.

Nápoles, tan pronto en paz, tan pronto en guerra, triste víctima de alternativas y de reacciones espantosas, vió á duras penas restablecido su monarca por la cesion de sus dominios en la isla de Elba, de los presidios de Toscana y del principado de Piombino, por la entrega de las plazas de Gallipoli, de Brindis y de Otranto, por la ocupacion de Tarento, Chieti y Aguila, por contribuciones enormes, y por la interdiccion de sus puertos á las potencias enemigas de la Francia.

Luca se vió obligada á trocar su antigua libertad por la nueva, y perdió su independenciam.

La pátria de Colon y de Andrés Doria, agitada y afligida de mil maneras por la Inglaterra, por el Austria y por la Francia, perdió al fin su aristocracia, y recibió la ley y las formas de la república francesa.

La Suiza, fiel y sincera amiga de la Francia, fué á su turno invadida, saqueada, disminuida, y obligada en fin á admitir la democracia.

Venecia, la señora del Adriático, la que en los dias de su gloria pareció heredar la grandeza de la antigua Roma, Venecia con su ciudad inconquistable, desapareció para siempre del rol de las naciones.

Y el emperador de Alemania, que guerreó hasta el fin con mas teson que ningun otro potentado, en union del cual pugnaron los príncipes de Italia, á quien prodigó sus socorros la Inglaterra, por

quien peregrinaron á la Italia y esgrimieron las armas los feroces Moscovitas, este mismo emperador, digno de mejor suerte, se vió obligado á renunciar, 1.º á sus ricos estados de la Bélgica; 2.º al condado de Falkenstein; 3.º al Fricktal y sus demas dominios de la izquierda del Rhin entre Zurzach y Basilea; 4.º al Brisgaw; 5.º á la Lombardía austriaca, el Bergamasco, el Bresciano, el Cremasco, la ciudad y fortaleza de Mantua, el Mantuano y los feudos italianos del imperio.

¿Mas entre tantas potencias vecinas de la Francia, no hubo alguna que salvase su integridad completamente, donde la tempestad no hiciese estragos, donde el mar del estado conservára su calma, donde no alcanzasen los huracanes que la revolucion francesa habia soltado?

¡Hubo una.... y fué la España! Ni á un cabello siquiera de su augusta cabeza tocó el rayo entre tantas tormentas que desolaban á los pueblos amigos y enemigos, en los contornos de la Francia: ni una sola joya faltó de su corona; ni un vapor tan siquiera pasajero oscureció su oro puro de los siglos.

¿Fué que España no ofreció codicia al enemigo?

Mas que todas las naciones. Toda su riqueza de reserva estaba casi intacta, los tesoros de sus iglesias, los tesoros particulares, su marina, sus puertos, sus ricas flotas de ambas Indias, sus industriosas provincias fronterizas.... pocas presas habria iguales.... Sin embargo de este incentivo la república

francesa respetó á la España, respetó sus leyes, respetó sus principios, respetó sus costumbres, respetó su paz, no promovió despues de ella misiones de anarquía, no intrigó sus comarcas, no intentó corromper sus habitantes, y codició tan solo su amistad y su alianza. Esta amistad, buscada y deseada por la república francesa, fué sincera y fué durable de ambas partes.

¡Pero con un Borbon! ¡un pariente tan inmediato de la familia decaida!.... Sí.... y este Borbon no tan solo fué respetado, no tan solo bien querido, no tan solo galanteado, sino tambien engrandecido en una de sus ramas. Un Borbon, un infante de España fué buscado para reinar en la tierra de los Médicis por el mismo poder republicano que abatió tantos tronos y gobiernos!

¿Quién procuró á la España esta suerte afortunada? Su propia dignidad, su guerra honrosa, y su paz hecha á tiempo. Yo seguí el instinto de mi pátria, yo no me alabo de otra cosa.

¿Quién rompió aquella paz despues de trece años? La ambicion de un hombre que encontró, no en la España, sino en almas traidoras enemigas de su pátria, quien lo hiciese osado contra ella.

¿Por ventura no fué posible combatir tal hombre á tiempo? Cuando fué tiempo y osó tan solo imaginar ser dueño de la España, yo quise combatirle. Estas almas traidoras, como dije al principio, atajaron mis pasos. En seguida ellas mismas lo lla-

maron. Él acudió á la presa, y aun pasado el mejor tiempo de resistirle con suceso, cierto como yo estaba del honor y el valor castellano, resolví hacerle cara, salvar mis reyes y salvar mi pátria. Aparejado á la defensa, estas almas traidoras destronaron á Cárlos IV y á mí me encadenaron. La paz de Basilea no fué quién trajo aquellos daños.

CAPITULO XXX.

De los motivos poderosos que, á los catorce meses despues de asentada la paz en Basilea, ocasionaron nuestro rompimiento con la Inglaterra y la alianza con la Francia.

Una de las pruebas de la independenciam con que trató la España en Basilea, y de la buena fé con que la Francia se condujo con nosotros en aquel asiento de las paces, fué la libertad ilimitada en que quedó nuestro gobierno de mantener sus relaciones de amistad con las demas potencias enemigas de la Francia, sin excepcion de la Inglaterra. La intencion de la república no fué gravar la España ni empeñarla en sus guerras. Bien iluminada en su política, nada propuso ni pidió que pudiese estorbar nuestras relaciones comerciales ni exponer nuestros dominios en las dos Indias á la ambicion de la Inglaterra. Demas de esto, dominando todavía en el gobierno de la

Francia el deseo de una paz general, la neutralidad de la Prusia y de la España mantenian la esperanza de obtener por medio de ellas su conciliacion con la Inglaterra.

No asi entonces esta potencia, para la cual la guerra proclamada en favor de la moral y los sanos principios de gobierno por las demas potencias coligadas fué en sus planes una guerra tan solamente de venganza y de intereses. Nuestra franca y noble alianza entablada con ella, y nuestra fiel cooperacion á los intereses comunes de la Europa los tres años que sostuvimos la guerra sin gravarla con subsidios y sin ninguna ayuda de su parte, no bastaron á desarmar el rencor que nos guardaba. Desdeñosa, indiferente, y lo que es mas infiel como habia sido con la España en tales circunstancias, mal podia esperarse que apreciase la amistad que, hecha la paz con la república francesa, todavía le fué guardada bajo el pié mas ancho y favorable que en materia de neutralidad consentian en tales casos las leyes de la Europa. ¿Quién podria contar la nueva lucha á que tuve que hacer frente, movida por su parte para empeñarnos nuevamente en la desastrosa guerra á que arrastró otros gabinetes? Promesas, amenazas, lisonjas, vituperios, ruegos, enredos en la corte, tentativas de seduccion de toda especie, y oro sin tasa, cuanto habria pedido, nada se perdonó para romper de nuevo nuestra paz inofensiva para ella y las demas potencias guerreantes. He dicho que fué infiel

como aliada: no es á la nacion inglesa á quien yo acuso cuando escribo estas cosas: su sistema de gabinete y la nacion inglesa son dos sujetos diferentes. Atentos á su pátria los ministros ingleses sobre todos los intereses de las demas naciones, entonces mas que nunca desplegaron sus proyectos de enseñorear la tierra por el dominio de los mares y abarcar en favor suyo todo el poder inmenso de la industria y del comercio. Bajo de estas miras, tan provechosas á la Gran Bretaña como injustas y contrarias á la hermandad de las naciones, amigos y enemigos todos eran tratados, por astucia ó por violencia, con igual medida de principios. Inglaterra la primera, Inglaterra la segunda, Inglaterra la tercera y siempre la Inglaterra; para los otros pueblos, las migajas y desechos, si es que quedaba alguna cosa. Las quejas de la España no fueron sutilezas ni pretextos para romper con la Inglaterra; ¿qué no disimuló, qué no tragó de penas, qué no soportó de ingraticudes, de esquivaces, de falsias y de agravios mientras fué su aliada! La expedicion tan solo de Tolon, cuyo fin deplorable de nadie es ignorado, aquella expedicion que, dirigida y esforzada cual la España habia tratado, pudo haber cambiado el semblante de la Francia, ella sola bastaria para prueba de las justas quejas de la España, que jamás se habria asociado á tal empresa para quemar un puerto y robar su marina. Esta llaga fué comun á la España y á la Francia; el honor español sufrió en ella todos

los tormentos de su lealtad comprometida y sonrojada; mas por desgracia no era tiempo de romper la alianza, ni de hablar á la Europa y sincerarse. Los ingleses lo sabian bien, y encontrándonos empeñados en la lucha, su conducta posterior no temió seguir su marcha y aumentar los agravios. Fuimos aliados, y se guardaron de nosotros en todas sus empresas: nunca nos dieron parte en sus ganancias; en sus pérdidas la tuvimos solamente. Fuimos sus aliados, y trataron como quisieron con las demas naciones sin nosotros. No fué por ellos por quien llegó á nosotros la primer noticia del tratado que en 24 de noviembre de 1794 concluyeron con el gobierno de la Union en la América del Norte. Nada nos dijeron ni nada estipularon por nosotros. Nuestros intereses no tan solo fueron olvidados en aquella grave negociacion, sino pospuestos á los suyos y dejados al acaso. Fuimos sus aliados, y una convencion especial que yo ajusté con el Lord Saint-Helens para volvernos mutuamente los cargamentos y los buques represados sobre el enemigo, convencion que fué cumplida por la España en cuantos casos se ofrecieron por su parte, fué violada por la Inglaterra, prefiriendo al honor y á la fé de la alianza la mezquina apropiacion de un navio y un rico cargamento (1). Fuimos sus aliados, y nuestros negocian-

(1) El galeon *Santiago* procedente de Lima: los valores que conducia se acercaban á noventa y seis millones

tes eran vejados en los mares so pretexto de tener parte en sus intereses con negociantes de la Francia, sin dar fé á los papeles que sacáran de España en toda regla. Fuimos sus aliados, y confiscaron sin embargo los efectos navales que, comprados directamente por el gobierno español, conducian á nuestros puertos con bandera propia nuestra varios buques holandeses. Fuimos sus aliados, y nuestras costas se vieron infestadas de contrabando, hecho adrede y á tal grado que nos aniquilaron un gran número de fábricas. Fuimos sus aliados, y aprovechando nuestra paz y nuestra confianza, exploraban sus navíos nuestras costas en los dominios españoles de la América, organizaban allí el fraude, corrompian los naturales, y disponian para adelante sus designios de usurpacion comercial en los dos hemisferios. Fuimos en fin sus aliados, y apurados como nos vimos un instante para hacer frente á los preparativos de la tercer campaña, se excusó la Inglaterra ignoblemente á sacarnos de aquella crisis.

de reales. Este rico navío fué apresado primeramente por el corsario francés Dumouriez. Los ingleses lo represaron ya pasadas las veinticuatro horas de haber caido en poder del armador republicano, razon por la cual al tenor del derecho marítimo habria sido de buena presa, sin el tratado particular por el cual las dos potencias tenian estipulado restituirse estas represas en cualquier tiempo en que se hicieran. Tal conducta seria increíble sino fuera un hecho histórico.

Si tal fué la conducta del gabinete inglés cuando fuimos sus aliados, ¿qué se podía esperar siendo neutrales y teniendo por concurrentes en nuestros puertos con sus navíos los navíos de la Francia? Y á pesar de esto la paciencia española soportó todavía agravios sobre agravios, por no añadir un nuevo estorbo á la paz general que aun se esperaba ver lograda.

Mientras tanto llegaban los anuncios multiplicados de nuestra embajada en Inglaterra instruyendo á nuestra córte de los designios hostiles del gobierno británico, y de la necesidad urgente de tomar medios de defensa. A estos anuncios reiterados se allegaban las pruebas de su verdad en las provocaciones, los atentados y las violencias manifiestas que sufría nuestra bandera en todas partes. El ministro británico, protestando siempre de la amistad de su gobierno, respondía á toda queja con ironía insultante, « que en las guerras de una importancia tan subida como ofrecía la lucha con la Francia, era imposible que las grandes medidas necesarias para abatir al enemigo no tocasen y trascendiesen á las demas naciones que tendrían con él cualquier contacto. » Despues hacia promesas, y ninguna se cumplía; peor estado que el de la guerra, en que el sufrimiento prolongado por mas tiempo, y el deseo de la paz sometido á nuevas pruebas, sin apartar la guerra debia añadir la humillacion de haberla evitado cuando el honor la decretaba.

Por fortuna no me encontró desprevenido este nuevo trabajo inevitable que preparaban á mi patria los destinos. En la prevision de estos males, asentada la paz de Basilea, no me olvidé de los peligros de nuestras Indias si llegaba á quebrar nuestra paz con la Inglaterra. Los avisos de este riesgo fueron dados en tiempo hábil, nuestras plazas marítimas en los dos continentes y en las islas fueron puestas en estado de repeler las agresiones, nuestros arsenales se proveyeron nuevamente sobre el pié de guerra, nuestros cruceros se aumentaron, y los que existian de antemano recibieron refuerzos. Una feliz cooperacion de la parte de los gefes de mar y tierra hizo ciertas estas medidas, junta con la actividad la cordura que pedian las circunstancias: si estallaba la guerra, nada estaba desprevenido.

Yo hice mas, porque tenia clavado, como una astilla en el corazon, el tratado que los ingleses á escondidas de nosotros celebraron con los estados americanos del Norte, ancho medio para dañarnos á su salvo en los mares y en los dominios españoles de aquel punto. Yo probé á hacer otro y lo alcancé con ventajas no esperadas. Yo encontré lealtad, simpatía y pensamientos generosos en aquellos republicanos. Mas que un tratado, mejor que una alianza, la negociacion que yo hice fué un acta verdadera de navegacion, que á los comunes intereses de las dos naciones plenamente asegurados añadia el primer ejemplo de la adopcion de las ideas modernas, lo

primero sobre la igualdad de derechos en los mares, lo segundo sobre medidas de humanidad para templar los males de la guerra, ideas escritas en los libros, proclamadas por la cultura de nuestro siglo, invocadas por la Europa, é impedidas de realizarse solo por la Inglaterra (1). Esta transaccion, que ha pasado casi ignorada como tantos otros actos importantes de mi vida política, fué firmada en San Lorenzo el Real á 27 de octubre de 1795 por mi mismo y por el ciudadano Tomas Pinckney sin mas persona intermedia, y tenida con gran secreto casi un año: la primera noticia que tuvieron de ella los ingleses, la debieron á su publicacion en Madrid en 4 de setiembre de 1796, decidida ya la guerra.

Si la guerra fué resuelta: el honor español apuró la medida del sufrimiento, y apuró todos los medios de conservar su independencia frente á frente de la Inglaterra. No se crea por esto que tal medida y las demas que acompañaron á esta grave resolucion hubiesen sido un acto personal y privativo, hijo solo de mi política. En asunto de tan gran tamaño pedí yo al rey que fuese madurada en su consejo largamente la decision soberana que deberia dictarse por su boca, conferidos los pareceres de sus hom-

(1) El texto literal de este tratado se encontrará entre los documentos justificativos de esta primera parte.

bres de estado. La Francia, atenta á estos sucesos, ofreció muchas veces su alianza para combatir la Inglaterra, y nombró el *pacto de familia*; cuestion nueva que pedia grande exámen, por mas ventajas que ofreciese dado el caso inevitable de empeñarse la guerra con la Gran Bretaña que tenia el cetro de los mares.



CAPITULO XXXI.

Continuacion del capítulo anterior.—Largas conferencias tenidas en el consejo de estado.

A fuerza del decir de unos y otros sin que nadie los haya contradicho, se ha creido en toda Europa mi mando en España fué una especie de vireinato que durante el cual no hubo en ella mas pensamiento, mas política, mas dictámen ni otra accion del poder que mi voluntad exclusiva, sometida á ella, sin mas exámen ni consejo, toda la marcha del gobierno. Yo podria aceptar tanto honor que mis enemigos, sin pensarlo, me han prodigado bajo tal concepto; porque si anduve solo, y llevé el carro del estado ileso y salvo tantos años entre los derrumbaderos y estrechuras que ofrecia la Europa en aquel tiempo, y si el carro no pereció hasta que mis contrarios embarazaron su rodaje y lo estrellaron con sus propias ma-

nos, aquel largo camino trabajoso, que hasta entonces fué andado felizmente, tiene de que honrar á cualquiera á quien pudiese atribuirse. Pero seria injusticia, si hay en él materia de alabanza, alabarme yo solo, como la habria tambien, si el camino fué errado, en contarme á mí solo los errores que pudieron cometerse. Raros ministros en España han buscado consejos tan exentos de pretensiones y tan sinceramente como yo los buscaba; pocos ó ninguno en España dieron la importancia que yo daba á los buenos servidores del monarca que las leyes del estado asociaban al gobierno; pocos han buscado como yo buscaba, sin exceptuar personas ni distinguir amigos ó contrarios, la luz que requerian la salud y las ventajas de mi pátria. La alianza con la Francia y la guerra con la Gran Bretaña fué una resolucion que, si se juzga errada, tuvo en su favor el dictámen unánime del consejo de estado todo entero, junto al parecer de los sugetos mas notables por su lealtad, su saber y su experiencia que fueron consultados dentro y fuera del consejo. Si es que todos erraron, yo me asocio el primero al error que cometieron, porque mi dictámen fué uno mismo con el suyo. Yo pensé como todos; lejos empero de querer partir con ellos la censura de la historia, si es que todos erramos, yo la acepto entera por mi parte, cierto como estuve, y cierto cual lo estoy al presente como entonces, de que por tal resolucion se salvó la existencia de España en los dos mundos.

Cuáles fueron los fundamentos que decidieron esta marcha de nuestro gobierno, mas que nada lo mostrarán las sesiones del consejo. Mi intencion es resumirlas brevemente: este breve resúmen servirá de respuesta á las acusaciones y calumnias que el espíritu de partido ha derramado en contra mia sobre aquella alianza y sobre el modo con que fué asentada.

Las sesiones del consejo fueron muchas, pero con intervalos, sin premura, dando tiempo á la reflexion, y evitando quanto fué posible suscitar la atencion de los ministros extrangeros. Al número ordinario de los miembros del consejo se añadieron varios generales de tierra y de marina, dos ministros del consejo real, otros dos del de Indias, y algunos diplomáticos de los mas versados en los negocios de la Europa. De la parte de afuera tuve yo preparada toda suerte de informes y noticias que podrian ser necesarias al consejo.

Instruido éste largamente de la situacion política de nuestro gabinete, se procedió á la lectura de las piezas diplomáticas concernientes á la gestion del gabinete de mi cargo antes y despues de la paz de Basilea hasta aquel tiempo, recorriendo con atencion los informes y relaciones de nuestros ministros en Francia, en Inglaterra y demas córtes principales de la Europa. Entre estos documentos fué tambien leida la importante correspondencia de don Domingo Iriarte, en los pocos meses que sobrevivió á la paz

que habia ajustado (1). Todas las relaciones y todos los informes convenian en afirmar que la amistad de la república francesa con la España y con la Prusia era sincera, que los deseos de la paz general que mostraba aquel gobierno eran tambien, sobre verdaderos, eficaces; mas que sus diferencias con el Austria, y del Austria con la república sobre la restitution de los paises conquistados, deberian empeñar una guerra porfiada en que aquella tendria muy pocos visos de un buen éxito; que sus ventajas harto equívocas al fin de la postrer campaña la alentaban para seguir la guerra, sin que hiciese cuenta, lo primero, de su gran flaqueza en la Italia donde la opinion republicana hacia progresos increíbles, pero ciertos, de una gran trascendencia; lo segundo, de

(1) Este digno ministro, ventajosamente conocido y estimado en Europa por su probidad otro tanto que por sus luces, altamente recomendable por su especial talento de combinacion y de série, y por la templanza y la buena medida de su trato con que sabia atraer y ganar las voluntades, á la mejor sazón de su edad y sus servicios murió en Gerona, cuando venia de Basilea, en 22 de noviembre de 1795. Falleció en el palacio episcopal en los brazos de su amigo don Tomas Lorenzana, obispo de aquella diócesis. A éste le entregó el postrer pliego que escribió para el rey directamente, encomendando en él, como el último voto de su lealtad y su amor á la pátria, la conservacion de la paz con la república francesa. Cuando murió estaba ya nombrado para embajador cerca de ella.

la flojedad del Imperio, donde el emperador podia contar apenas con la asistencia cierta de la Sajonia, la Baviera y la Suabia; que la Imperatriz de Rusia no haria nada por el Austria sino animarla con promesas sin intencion de realizarlas, harto bien conocido su propósito de dejar debilitarse por la guerra las demas potencias y asegurar por tal medio su influencia y predominio en los negocios de la Europa; que la Inglaterra, única potencia que habia sacado fruto de la coalicion europea aumentando su poder marítimo, no hallando fin á su ambicion de engrandecerse y afirmando en sus manos el cetro de los mares, trabajaba con ardor al nuevo incendio por que ansiaba de la Francia y de la Europa; que entre los empeños sobre cuyo logro se alababa gloriosamente de llegar á cabo, uno de ellos era de romper la paz de España con la Francia, ya fuese con promesas de tropas y subsidios, ya inspirando desconfianzas y promoviendo la discordia entre las dos potencias, ya amenazando á España con la guerra, siendo su designio pronunciado asentar en España el campo de la guerra que perdió en la Holanda, y afianzar de este modo para siempre su influencia en la península; que estos fieros manejos del gabinete de San James, atento solo á su provecho y sin cuidarse de los trastornos nuevos que podria sufrir el continente, ofrecian un porvenir espantoso, si la Francia, cual debia temerse, renovaba los esfuerzos que habia hecho en las campañas anteriores; que aquella

guerra, en fin, desnuda de motivos é intereses para España, debería terminar en provecho solamente de Inglaterra y del Austria, ó de la Francia, mucho mas cierto de ésta, desquiciando por largo tiempo el equilibrio, aun no perdido enteramente, de la Europa.

Don Domingo Iriarte, desde el principio de su encargo en Basilea hasta la postrera hora de su vida, escribió francamente que tenia por imposible moralmente el poder mantener á un mismo tiempo la paz con Francia y la paz con Inglaterra; que ajustada y mantenida fielmente la paz con la república francesa, mas pronto ó mas tarde, nos haria la guerra la primera; que el gabinete británico no deseaba menos destruir nuestra marina que la marina francesa; que en paz ó en guerra sus intenciones y sus obras habrian de ser las mismas, siempre enemigas de nosotros; que en las circunstancias que ofrecia la Europa, *no era dado elegir entre un bien y un mal, sino entre dos males, el que ofreciera menos riesgos de turbar la monarquía y hacer pérdidas irreparables* (1); que la continuacion ó el renuevo

(1) He aquí una razon y una idea, poco ó nada atendida en los tiempos posteriores, entonces de gran verdad y de gran peso, idea de la cual nadie supo prescindir en el consejo. No se ofrecia mas medio ni podia ofrecerse que optar entre dos males que la situacion de la Europa presentaba necesariamente, sin pender de nosotros esquivar los dos á un tiempo.

de la guerra con la Francia exigia sacrificios indelicibles que podrian ser sin fruto, mientras para sostener la guerra con la Gran Bretaña, bastarian los esfuerzos ordinarios de la lealtad española en los dos mundos; que en todo caso de encenderse una guerra marítima, la España no podria menos de contar con la asistencia de la Francia; que el ciudadano Barthélemy le habia hablado extensamente sobre la conveniencia de una alianza marítima entre la España, la Francia y la Holanda, á que podria añadirse con el favor del tiempo la de algunas mas potencias, con especialidad de la república de Génova y la corte de Dinamarca; que el rey de Prusia, anhelando por la paz general, otro tanto como era su temor de ver perderse el equilibrio de la Europa por la prosecucion de la guerra, abundaba en la idea de esta alianza para obligar por ella á la Inglaterra á designios pacíficos; que á este fin se hallaba en ánimo de contribuir al mismo efecto, promoviendo, cuanto alcanzase su influencia, una confederacion marítima en el norte que pusiese nuevos diques á la ambicion de los ingleses, y les quitase la esperanza de reinar ellos solos en los mares á expensas del sosiego de la Europa; que convenia, por último, madurar estas ideas y esperar algun tiempo, siendo éste oscuro todavía para pronosticar de un modo cierto las resultas que ofrecerian las pláticas y conferencias de los diputados que concurrían á Basilea; si bien en su juicio ni la Inglaterra, ni el emperador de Alema-

nia, ni una parte de los príncipes del Imperio daban luz para esperar que la paz general se lograse por entonces. Cuanto á España, todas sus comunicaciones concluian por el mismo parecer que mostró siempre sobre su interés verdadero, que era de mantener su paz con Francia, mientras consultando esta á su propia tranquilidad, supiese apreciar, tanto como la república hacia gala de apreciarlo, el beneficio y el honor de vivir en buena inteligencia con nosotros.

Nuestro embajador en Inglaterra anunciaba siempre en sus pliegos el desprecio, que á pretexto de las necesidades y los riesgos que ofrecia la lucha con la Francia, era visto hacerse allí de todos los principios consagrados por la ley comun de las naciones, de los derechos admitidos en favor de los neutrales, y de las generosas intenciones de la España que el ministerio inglés afectaba desconocer enteramente. «*Todo ó nada*, escribia, es el refran que ha tomado la Inglaterra con nosotros. La naturaleza de esta guerra, me ha dicho el mismo Pitt, no nos permite distinguir entre enemigos y neutrales.» — «Si esto es así, le dije, España y Prusia y las demás potencias que han resguardado á la Inglaterra en sus relaciones con la Francia se darán por avisadas.» — «Yo he hablado por hipérbole, replicó el ministro Pitt: mas sentaré en principio que entre amigos y neutrales, la distancia es inmensa. Al contrario, es tan corta entre enemigos y neutra-

» les, que cualquier suceso inopinado, una ocasion
» feliz, un recelo, una sospecha, una ilusion tan so-
» lo hace forzoso confundirlos.»

Otro de los despachos de nuestro ministro en Londres avisaba de un proyecto debatido en el consejo de ministros sobre atacar un puerto de la España presentar un ejército, ofrecer de nuevo la alianza, y de grado ó por fuerza reducirnos á renovar la guerra con la república francesa. En otros pliegos avisaba de los planes que sentia susurrarse sobre invadir diversos puntos de la América española con especialidad en las Antillas. Sin ninguna esperanza de ver mantenidas por mas tiempo nuestras relaciones pacíficas, indicaba tambien aquel ministro la necesidad urgente de formar una liga marítima con la Francia y las demas potencias enemigas ó quejasas de Inglaterra. Otras veces escribia de la multitud de planes y proyectos hostiles contra España de que se hablaba en Londres sin misterio, esparcidos de intento para hacerlos llegar á sus oídos. « Muchos de ellos, decia, son amenazas arroja-
» das de intento para intimidarnos y sacar partido de
» nosotros; otros son verdaderos, mas de cualquier
» manera la guerra es inminente, y la guerra será
» traidora cuando hubieren desesperado de hacer la
» España un instrumento y un teatro permanente
» de su lucha con la Francia.»

Nuestro ministro en Francia escribia, que sin dudar el directorio de la buena fé del gabinete de

Madrid, temia no obstante con sobrada inquietud, que un partido de oposicion, empezado ya á mostrarse en España en favor de la Inglaterra, pudiese adquirir fuerza y sorprender la lealtad de Cárlos IV; ó bien que añadido á esta influencia el peligro de un rompimiento con la Inglaterra, hiciese vacilar al gabinete español, visto bien que sus fuerzas navales no serian bastantes ellas solas para hacer frente á la marina inglesa y velar cumplidamente sobre sus dominios de las Indias; que en tal estado no pudiéndose dudar de las intenciones hostiles de la Inglaterra contra España, ni siendo de esperar que se pudiese conservar por mas tiempo la neutralidad que tan religiosamente observaba el gabinete español con el británico, para haber de quitar á la Inglaterra toda esperanza que aun podria quedarle de romper la paz entre Francia y España, y poder hacer frente á sus ambiciosos proyectos, el directorio ejecutivo deseaba vivamente que se ajustase una alianza semejante al antiguo *pacto de familia*, bien entendido en esto que de ningun modo era su intencion comprometer la España en las guerras del continente, ni empeñarla en pelear contra quien no fuese su enemigo. Quanto á la guerra marítima, prometia el directorio la cooperacion de la Francia y de la Holanda, no sin esperanza de poder allegar mas adelante la asistencia de otros gobiernos que se hallaban inclinados á sacudir en los mares la tiranía de la Inglaterra. Estas relaciones de nuestro mi-

nistro , repetidas muchas veces en razon de las frecuentes solicitudes que le hacia el directorio , venian del todo conformes con las varias notas amistosas que el embajador francés presentaba á nuestra córte.

A la lectura de estas piezas y de los avisos que llegaban al gobierno de las tropelías con que nos provocaban los ingleses sobre todos los mares , hice suceder la de un gran número de informes que habia yo pedido á los gefes de la administracion en las provincias y en los puertos , á las personas mas notables esparcidas en lo interior y mas capaces de observar los pueblos en las ciudades y en los campos , á los prelados eclesiásticos mas distinguidos por sus luces ó su influjo , y hasta á la misma inquisicion de quien convenia saber en muchos puntos. El objeto de estos informes fué explorar la opinion pública y poder resolver con cuenta de ella. Todos ellos convenian en los puntos siguientes:

1.º Que la calurosa impresion producida tres años antes en el reino contra la república francesa por los atentados religiosos y políticos que asombraron al mundo se habia disminuido en mucha parte , ya por la reaccion que la Francia habia mostrado contra el partido anárquico , ya por las formas al parecer mas regulares de la constitucion adoptada nuevamente , ya por los triunfos con que se afirmaba la república ; que este cambio de la opinion , en lo general , no trascendia á debilitar la lealtad de los pue-

blos al gobierno paternal de su legítimo monarca; mas que en la gente jóven se notaba cierta especie de atencion apasionada hácia las novedades de la Francia, y que igual curiosidad y aficion era visto que cundia en personas de la clase media y en algunos que otros sugetos de las clases privilegiadas, sin exceptuar el mismo clero;

2.º Que con respecto á la paz de Basilea, el contento era general aun entre las personas mas conocidas por su aversion á la república francesa y á las cosas de la Francia, porque la paz con ella les quitaba el temor de una invasion no juzgada imposible, cual se sufría en Italia; invasion mas terrible por la seducccion que por las armas, que podria promover una guerra interior y ocasionar un gran trastorno, corrompiendo y levantando la muchedumbre incauta con el grito de libertad y las promesas de mejor fortuna;

3.º Que cuanto era grande la satisfaccion universal por la paz de Basilea, otro tanto se manifestaba la indignacion contra los designios siniestros que mostraba la Inglaterra de turbar aquella paz, cuando comenzaban los pueblos á disfrutar sus beneficios, y se mostraban aliviados aun de las mismas cargas que pagaban en los tiempos anteriores á la guerra. Los comandantes y gobernadores de los puertos, y las demas personas consultadas en los pueblos negociantes, añadían en sus informes mil elogios del excelente espíritu que reinaba en el comercio, de sus

ofertas generosas para subvenir á los gastos que ofrecian los armamentos marítimos, y de la multitud de individuos que se mostraban alentados y dispuestos para armar en corso y vengar la opresion y los agravios que sufría nuestra bandera de la parte de los ingleses.

Los informes de los obispos fueron todos de bendiciones á la paz con la Francia; « paz decian, por » la cual se habian salvado los peligros del altar y » el trono, sumergiendo las esperanzas de los que » habian soñado la república en España.» No hubo alguno que escribiese de una manera equívoca: detestando los principios de la revolucion, daban al rey sus parabienes por aquella paz que los habia alejado de nosotros. Algunos se alargaban á tratar de la Inglaterra, y á pedir al gobierno que le cerrase sus oidos. De uno de estos informes me acuerdo especialmente. El arzobispo de Granada, anciano venerable, tan versado en negocios y cuestiones de política, como en los asuntos del santuario (1), cual

(1) Don Juan Manuel de Moscoso y Peralta, americano, natural de Arequipa, que siendo obispo del Cuzco hizo grandes servicios al estado para vencer la rebelion del famoso Tupac-Amaro. Este prelado, á quien las calumnias de sus enemigos le causaron el dolor y la infamia de ser traído á España bajo partida de registro como un gran reo de estado en tiempo del conde de Floridablanca, despues de largas humillaciones y durísimos tratamientos que sufrió en la córte, acreditó no tan solo su inocencia, sino

si hubiese adivinado, ó por mejor decir, adivinando los motivos del informe que se le habia pedido, se extendió en él á hablar del peligro de un gran trastorno en las Américas, si llegaba á empeñarse nuevamente la España, como la Inglaterra lo ansiaba, en la guerra contra la Francia. «La conservacion de aquel pais, escribia, depende enteramente de la tranquilidad de la España. Cualquiera turbacion en su gobierno, la dominacion extranjerá sobre todo aun cuando fuese pasajera ó momentánea, moveria en las regiones de la América el deseo natural de evitar igual suerte, y este deseo seria un pretexto para aquellos que querrian hacer su pátria independiente. Si, resucitada la guerra, ocurrieran en España desgracias del tamaño de las de Italia, ¿quién nos asistiria para conservar las Américas? ¿Por ventura los ingleses, que por interés propio suyo y por venganza, no desean sino apropiarse el comercio y las riquezas de aquel pais afortunado? Aliada con la Inglaterra, si una lid nueva con la Francia nos trajese reveses y desastres, no pudiendo atender á otro objeto que á defender su propio

tambien los esfuerzos tanto políticos como militares con que logró deshacer los proyectos del rebelde, por tal modo y tales pruebas, que fué visto pertenecerle la principal gloria de haber salvado aquella parte de los dominios españoles. En premio de sus virtudes y servicios le fué dada la mitra de Granada y la gran cruz de la órden de Cárlos III.

»suelo, ¿ confiará la España á los ingleses la conser-
»vacion y la guarda de sus Indias, y al lobo la cus-
»todia del rebaño apetecido? La experiencia de lo
»que han tentado en los tres años de la guerra que
»se ha tenido con la Francia, deja ver lo que harian,
»si una guerra mas empeñada y mas incierta en sus
»resultas les volviese el tiempo que les ha faltado para
»falsear en las Américas todo el sistema de intereses
»que las une á su metrópoli. Hablo de ciencia cier-
»ta, de experiencia mia propia; nadie en España me
»aventaja para juzgar de los negocios que concier-
»nen á la América: la América española no tiene
»simpatías con los ingleses, y al contrario, con los
»franceses tiene muchas. Apartados estos, acaricia-
»dos los ingleses por nosotros, dueños estos últimos
»á su salvo de surtir aquellos puntos y de halagar
»el gusto y ganarse la voluntad de aquellos natura-
»les, ¿ les darémos una influencia y una accion que
»aun no tienen? Mi conciencia, mi lealtad, y mi
»calidad, como obispo, de consejero nato de la co-
»rona, me hacen salir tal vez de los lindes del in-
»forme que se me ha pedido: mi deber es de ilus-
»trar al gobierno en la materia de que hablo, por-
»que en España hay muy pocos que conozcan, co-
»mo ella es, la cuestion de ingleses y de Américas.
»No es la Francia dondo apuntan estos, provocando
»nueva rotura contra ella; el objeto de sus tiros en
»esta lucha en que quieren empeñarnos es la rique-
»za de la América que la paz de Basilea ha salvado

»de sus manos, etc., etc.» Tal fué en suma el dictámen de aquel prelado, casi octogenario, dictámen superior á todo elogio, fruto del profundo estudio que aquel hombre de estado tenia hecho de su siglo y de su pátria. Todos los datos que podian desearse sobre el gobierno y la conservacion de los dominios de ultramar, todas las previsiones que atendidas las circunstancias de la Europa debian esclarecer nuestra política en aquellos paises retirados, se contenian en este informe que á lo largo de las sesiones del consejo fué leído y consultado muchas veces.

No me detendré en referir el dilatado escrito con que respondió al gobierno el tribunal de la suprema. Contenia una larga série de averiguaciones con que habia seguido la propagacion de las ideas francesas en materias de religion y de política; se lamentaba el tribunal de la gran carrera que habian hecho estas ideas, con especialidad en las provincias litorales; pero notaba al propio tiempo que el mayor fermento de ellas coincidia con los momentos críticos que ofrecieron los reveses de la guerra, y que despues de la paz iba aflojando aquel contagio. De aquí inferia el tribunal que sin duda la Francia habia cesado de emplear en España los manejos de su política doctrinaria, y que la paz establecida, lejos de dañar á la conservacion de las buenas ideas y de la fé católica, era visto serle favorable. Pedia sin embargo que no se le estorbese en poner coto con

mano fuerte á las malas semillas, y denunciaba al gobierno algunos hombres estimables (1).

Las lecturas se terminaron por un papel anónimo que los partidarios de los Ingleses encontraron modo de hacer llegar á Carlos IV. El título de aquel escrito era el viejo refran que corrió otras veces en España: *Con todo el mundo guerra, y paz con Inglaterra*. Su contenido presentaba un texto mal ordenado de furibundas declamaciones contra la Francia y sus amigos, incitando nuevamente á la guerra contra la república francesa, y ponderando las ventajas de nuestra amistad con la Inglaterra, sin lo cual, decia, á la vuelta de poco tiempo pararia también la España en ser república. La verdad es que el tal escrito, sin nombrarme ni atacarme directamente, fué el primer ensayo con que mis enemigos, sugeridos por la Inglaterra, probaron á quitarme la confianza del monarca (2). Yo pedí y conseguí que se leyese. El consejo le halló indigno hasta del tiempo que ocupó su lectura.

(1) La respuesta fué que no tomase sino medidas suaves y conciliadoras de correccion cristiana, y que evitase multiplicar los prosélitos de las nuevas doctrinas con rigores mal entendidos. En materia de libros peligrosos se le encargó que excusase darlos á conocer y excitar el deseo de adquirirlos por sus decretos y sus índices, salvo á velar acerca de ellos y dar avisos al gobierno.

(2) Muchas conjeturas bien fundadas hicieron atribuir aquella intriga al duque del Infantado, el primer campeón

CAPITULO XXXII.

Cuestiones presentadas al dictámen del consejo de estado:
sus respuestas á cada una.

Examinados ya á satisfaccion del consejo los documentos enunciados y otros muchos á que no alcanza mi memoria, fueron propuestas por su orden natural las cuestiones siguientes:

1.^a ¿La situacion de la Europa y la conducta de la Francia con respecto á España, despues del 22 de julio del año próximo anterior en que fué ajustada la paz de Basilea, han ofrecido algun motivo para desistir de las ideas pacíficas adoptadas con la república francesa?

La respuesta fué terminantemente negativa por todos los individuos que asistian al consejo.

2.^a ¿El temor de una guerra marítima de que la monarquía española se encuentra amenazada por la Inglaterra, podria ser una razon que obligase á

que desde un principio se movió en contra mia. Nadie ha ignorado su constante parcialidad en favor de los Ingleses, y que en los dias mas críticos de la guerra de la independencia no quedó por él que la España no les hubiese sometido su gobierno y sus armas. Sobre el referido escrito yo impedí se hiciesen pesquisas y desprecié aquel ataque.

la España á declarar la guerra nuevamente á la república francesa?

La respuesta fué igualmente negativa y unánime. Esta cuestion fué tratada bajo todos sus aspectos políticos, militares y económicos, y en seguida ejercitó la sabiduría del consejo bajo esta nueva forma: En suposicion de ser inevitable la guerra, ó con la Francia ó con la Gran Bretaña, ¿cuál de estos dos males deberá preferirse?

Todos los miembros del consejo opinaron á una voz por la guerra con la Gran Bretaña. Las razones principales fueron estas: 1.^a La guerra con la Francia, sin mas motivo que evitar la de Inglaterra, lo primero seria injusta: lo segundo, rebajaria la dignidad de nuestro gabinete, admitiendo por tal modo la ley del extranjero. 2.^a Los azares de la guerra con la Gran Bretaña podrian causar algunos males á nuestro comercio; pero la guerra con la Francia gravaria todas las clases del estado, incluida tambien la del comercio, y exigiria sacrificios y esfuerzos prodigiosos arrostrados sin mas motivo que el de complacer á la Inglaterra. 3.^a La lucha con la Francia podria encender entre nosotros las discordias civiles, puesto que por grande que pudiera estimarse la lealtad española, bastaria un corto número de malvados ó de ilusos para alterar los ánimos en el conflicto de las armas, debiendo resultar que los que en aquella actualidad no eran temibles por sus ideas republicanas, lo llegarán á ser en gran manera, si

ofreciese la guerra encuentros y reveses que pudiesen amenazar los cimientos monárquicos y poner en cuestion los derechos del trono radicados por tantos siglos. Todos hablaron largamente sobre este grave punto esencialísimo, y trajeron á cuenta los sucesos ocurridos en la Bélgica, en la Saboya y en la Holanda, los que en la sazón ocurrían en Italia; los que en la misma España fueron vistos y llorados en la entrega de San Sebastian, triste efecto de la locura republicana que cundió en la provincia de Guipuzcoa. Varios miembros del consejo se extendieron á discurrir, 1.º sobre la desigualdad de las promesas y las obras del gobierno inglés, harto probada ya para servir de aviso y escarmiento, en Tolon, en la Holanda, y en las dos expediciones de Quiberon y la Ile-Dieu, tan ruidosas como inútiles y fatales á los realistas de la Francia; 2.º sobre los compromisos graves y gravísimos que la admision de un ejército auxiliar inglés en nuestro suelo debería ocasionarnos, pudiendo suceder que á pretexto de asegurar en todo evento sus espaldas, exigiese la Inglaterra la ocupacion de algunos puertos, y que obligados á la fuga incendiasen nuestros arsenales y robasen nuestra marina; 3.º sobre los sufrimientos que traeria al pais la estancia en él de un ejército extranjero, sin ninguna afinidad con nuestros pueblos, sufrimientos inútiles si sus fuerzas no bastaban á asegurarnos la victoria, y penosos y enormes en toda demasía, sin proporcion con nuestros me-

dios, si el ejército era grande; 4.º sobre las resultas que deberian temerse contra nuestra industria, puesto que los ejércitos ingleses eran siempre seguidos de expediciones de comercio, nuevo medio de inundarnos con sus géneros y de extender el contrabando; 5.º sobre el riesgo superior á los demas inconvenientes y peligros, de vernos sometidos al yugo inglés y perder nuestro albedrío una vez que habrian logrado hacerse fuertes en España puesta por tal modo entre dos fuegos; 6.º sobre la ruina que amenazaba á nuestras fábricas, si en las miras harto manifiestas y probadas de la Inglaterra de aniquilar la industria agena para extender la suya propia, procurasen sus generales atraer los estragos de la guerra sobre los pueblos donde florecian nuestras artes; 7.º sobre la calamidad que seria para España si llegaba á verse convertida en teatro especial y permanente de la guerra entre ingleses y franceses, obligada sin mas recursos á soportar los trabajos de una lucha cuyo término no era dable sujetar á ningun cálculo; 8.º sobre el ódio y los rencores todavía recientes de la Inglaterra contra España por su cooperacion con la Francia en la guerra americana, ódio y rencores que seria mucho mas fácil á los ingleses satisfacer á su mano con la capa de amigos, ocupada por ellos la península, que no en guerra abierta, dueños nosotros de nuestro albedrío y nuestras fuerzas; 9.º sobre el interés y las miras de perdernos y arruinarnos que el gobierno inglés podria